

"Dividió, dice, su pequeño Ejército en dos partes; dió la vanguardia á su Teniente Juan López Quijada, y él llevaba la retaguardia. Llegando á la antigua villa de Cavopoa, envió por delante á Gonzalo Martín con dieciocho soldados á explorar la tierra. Estos, siguiendo en una mañana de mucha niebla, las huellas de algunos caballos que habían faltado en el Ejército, se empeñaron en una espesura en que fué necesario echar pié á tierra. En lo más interior del bosque hacía un grande y descombrado plano, que habían acordonado los enemigos. Luego que entraron en él los españoles, cerraron los bárbaros con grandes árboles la entrada, y descargaron ellos una nube de flechas. Conocida la emboscada, quisieron retirarse, pero hallaron impedido el camino. Gonzalo Martín con cuatro de sus compañeros, muertos ya algunos de sus soldados, sostuvo animosamente la retirada de los demás. Los primeros que salieron, sin más autor que el propio susto, dijeron que todos los demás habían muerto. Tomaron sus caballos y dieron vuelta al campo. Gonzalo Martín y sus compañeros salieron los últimos, después de haber hecho en los bárbaros una horrible carnicería. A la salida del monte se hallaron sin los caballos y sin la pólvora. Cargaron los enemigos sobre ellos, y los españoles vendieron muy caras sus vidas."

"Duró el combate hasta el medio día, en que faltos de sangre y fuerzas, teniendo que combatir con nuevas tropas que venían de refuerzo, y acometidos de los bárbaros con flechas y con chuzos largos por el temor de sus espadas, cayeron aquellos cinco bravos sobre montones de cadáveres que habían muerto á sus manos. Los bárbaros Zuaques, orgullosos de su victoria, siguieron con diligencia el alcance de los fugitivos. Los más de ellos habían errado el camino de los reales y murieron á sus flechas. Diego Pérez, muerto el indio Capitán y muchos otros de los más valientes Zuaques, se abrió camino con la espada; y Diego Martínez después de haber pasado el día escondido en un charco, llegó al campo con sus armas y caballo."

"Hernando de Bazán salió al día siguiente con el Ejército en busca del enemigo; pero éste, contentándose con algunas ligeras y repetidas descargas en que se mataron algunos, no quiso empeñarse en una acción general. Pasó al lugar de la batalla, halló los cuerpos puestos en orden sin cabeza, y aun el del Capitán Gonzalo Martín enteramente descarnado, porque según confesaron algunos prisioneros, habían entre sí los bárbaros repartido el cadáver y comídolo, para hacerse, decían, tan valientes como aquel generoso español. El Gobernador se contentó con poner fuego á sus sementeras y poblaciones, y pasó al río del Mayo."

Los indígenas de este río Mayo, lo recibieron en paz, y lo proveyeron de víveres en abundancia, pero recibieron mal pago de su amistoso proceder, pues fueron encadenados por su orden, tanto hombres como mujeres, conforme iban entrando al campo, cargados con los comestibles destinados á los mismos españoles; conducta que desaprobó el Virrey, Marqués de Villamanrique mandando poner en libertad á los indios y destituyendo al mal funcionario.

Don Hernando de Bazán dejó por Capitán en Sinaloa á Melchor Téllez, á quien sucedió poco después Don Pedro Tovar, que luego se retiró á Culiacán, y lo mismo fueron haciendo los demás vecinos españoles, disgustados del país, al grado de no quedar en San Felipe y Santiago más que Bartolomé Mondragón, Juan Martínez del Castillo, Tomás de Soberanis, Juan Caballero y Antonio Ruiz. El primero fué nombrado en 1589 Capitán de la villa por Don Antonio de Monroy, sucesor de Bazán, á petición de los pocos vecinos de Sinaloa que habían ido á recibirle en Atotonilco, cuando bajaba de Durango á Culiacán.

V.

Los jesuitas en las misiones de Sinaloa.—Sometimiento de las tribus circunvecinas.—El Capitán Diego Martínez de Hurdaide.—Paz con los Mayos.—Derrota de los españoles en tres campañas, por los Yaquis.—Piden éstos la paz.—Usos y costumbres de algunas tribus de Sinaloa.

A fines de Junio de 1591 llegaron á Culiacán los padres Gonzalo de Tapia y Martín Perez, primeros jesuitas que iban á emprender la conversión de los indios de Sinaloa. Enviados desde Guadiana ó Durango, con destino á esta empresa por Don Rodrigo del Río y Loza, que á mediados de 1590 había sido nombrado Gobernador de la Nueva Vizcaya, escribieron á la villa de San Felipe y Santiago, dando razón de su llegada á la antedicha población, y conducidos por Juan del Castillo, Antonio Ruíz y algunos caciques aliados de los españoles, diputados al efecto, continuaron su marcha de Culiacán, pasaron cerca de Capirote, y llegaron al día siguiente al Palmar, tres leguas antes de Mocorito. El cacique de este pueblo, que era cristiano, había reunido con tiempo los niños que no estaban bautizados y los condujo á aquel lugar al encuentro de los padres, arribando allí á media noche. Al despuntar el alba, celebraron éstos una misa, con admiración de los indios, en una enramada improvisada, y administraron después el bautizo á los párvulos. Luego prosiguieron su viaje para la villa de Sinaloa, donde entraron con grande acompañamiento de indios y consuelo de los pocos españoles que allí moraban. La colonia, desde entonces, comenzó á prosperar bajo los auspicios de la propaganda religiosa, más blanda y menos irritante que la militar.

Poco tardaron en someterse la mayor parte de las tribus comarcanas. De ellas los Zuaques fueron los más obstinados; sin embargo, todos dieron más ó menos lugar al empleo de las armas por parte de los capitanes que se sucedieron en el mando, y al ejercicio de la persuasiva por la de los misioneros. Para más asegurar la tranquilidad de los españoles é indios cristianos, se puso en 1596 *presidio* en la villa, con una guarnición constante de veinticinco soldados; y en 1610, casi en el mismo sitio que había ocupado la de Carapoa ó San Juan Bautista de Sinaloa, se concluyó el fuerte de Montes-Claros, llamado así del título del Virrey que años antes había autorizado su construcción, *destinado á tener en respeto á los enemigos y hecho con capacidad suficiente para resguardar en tiempo de guerra, aun el ganado y los caballos*. Desde entonces el río y la población que se reconstruyó á sus orillas, tomaron por esta circunstancia el nombre del Fuerte, que hasta ahora conservan.

Mucho contribuyó á la pacificación de estos pueblos el valor y prudencia consumados del Capitán Don Diego Martínez de Hurdaide, quien desde 1599, como interino y por ausencia del Capitán Don Alfonso Díaz, y desde 1600 como Capitán y Justicia Mayor en propiedad, hasta su muerte acaecida en 1626, no dió descanso á la espada, extendiendo el círculo de las conquistas españolas y reprimiendo las sublevaciones de los indios conquistados.

Las tribus de los ríos Fuerte, Sinaloa y Mocorito, una vez subyugadas, se vieron más ó menos pronto circuidas de poblaciones castellanas y también más ó menos mezcladas con la raza conquistadora, perdiendo cada día más la homogeneidad de linaje, á trueque de alcanzar los beneficios de la civilización

que tenían á la vista, con excepción de muy pocos pueblos de indígenas que se conservaron aislados.

En cuanto á los Mayos, á muy poco tiempo de la invasión extranjera pidieron la paz, que les fué concedida por Hurdaide, con quien celebraron por escrito un tratado de alianza ofensiva y defensiva, de lo que no tuvo por qué arrepentirse el sagaz Capitán, como se verá un poco más adelante. Sin embargo, estos indios conservaron siempre la unidad de tribu y no perdieron la homogeneidad de la raza, como los precitados.

Los Yaquis fueron los más rebeldes al yugo, y se mostraron los más valientes en la resistencia, derrotando al mencionado Capitán en tres campañas, cada vez más vigorosas. Pronto se ofreció la ocasión de emprender la guerra. Un indio natural de Sinaloa, Juan Lautaro, aliado con otro llamado Babilomo, cacique de los Zuaques, intentaba sublevar las naciones indias y acabar con los misioneros y españoles. En vano trataron ambos de atraer á sus miras á los Mayos, que permanecieron fieles á sus aliados los castellanos. A ese tiempo sucedió la sublevación de los Ocoronis, los que temerosos de las hostilidades de los blancos, quisieron refugiarse en dicho río; pero á la repulsa de los leales Mayos, muchos de los fugitivos volvieron á su país, y cosa de cuarenta familias, con los autores de la rebelión, se ampararon entre los Yaquis, que tomaron su defensa, preparándose para resistir á los invasores.

No necesitaba más el Capitán Martínez de Hurdaide para emprender la campaña. Llegó á las riberas del Yaqui con pocos españoles y algunos indios amigos, por todo cuatrocientos hombres, y pidió la entrega de los cristianos fugitivos y la de Lautaro, autor principal de aquella guerra. El cacique llamado Anabaylutei, que aparentaba amistad á los españoles, partió con otros de su nación al campo de éstos y les prometió devolverles á los individuos que pedían, yendo á recibirlos alguno de su parte. De los indios que al efecto fueron enviados unos murieron á manos de los Yaquis, y los demás apenas pudieron volver á dar la noticia de tamaña traición. El Capitán, que se reconocía sin elementos suficientes para atacar, regresó á la villa, organizó otra partida con la mayor parte de sus soldados presidiales y más de dos mil aliados Mayos y Tehuecos, y marchó al Yaqui, donde fué derrotado por una multitud excesivamente superior á la suya, muriendo en el campo de batalla muchos Yaquis, pero también muchos de los aliados de los españoles.

Tales derrotas no podían quedar sin revancha, si no es con peligros gravísimos para la colonia. Considerando que la tribu que lo había vencido no era un enemigo despreciable ni por su número, ni por su valor, ni por su astucia, el Jefe castellano condujo de nuevo al río el mayor Ejército que hasta entonces se había visto en aquella comarca, compuesto de cuarenta españoles y cuatro mil indios amigos. Ofreció la paz al enemigo, pero los Yaquis no dieron la respuesta hasta el día siguiente en que, al rayar el alba, cayeron sobre el campo con tanta intrepidez y con tanto orden, que no pudieron ser resistidos mucho tiempo. El Capitán, con los más bravos de su Ejército, sostuvo el combate con un valor heroico, mientras se recogía alguna parte del bagaje y se ponía en marcha el resto de la fuerza, desamparando el real, en que no era posible dejar de perecer. Los Yaquis, irritados al ver caer á los suyos, gritaban: "Mata, español, que bastantes quedan para acabar contigo."

Y poco faltó para que así sucediese, pues alojando sus ataques para dejar que la vanguardia del Ejército cristiano, compuesto de dieciocho españoles y tres mil auxiliares, se empeñase en el paso más difícil de un bosque espeso, por donde necesariamente tenía que retirarse, y cuando ya comenzaba á entrar la retaguardia, sin que los primeros pudiesen retroceder, volvieron á la carga con tal furia, que luego convirtieron la retirada de sus enemigos en derrota y fuga declarada. Los indios aliados se desbandaron con precipitación. Los españoles de la vanguardia no pudieron volverlos al combate con palabras ni con golpes, hicieron frente algún corto rato; pero no podían servirse de los ca-

ballos entre troncos y malezas; ni tenían ya pólvora, de la que se habían apoderado los Yaquis con los bagajes; ni alcanzarían á herir al enemigo, que evitaba los tiros oculto tras de los árboles, desde los cuales, sin embargo, él despedía lluvias de flechas. En esto, habiéndose esparcido la voz de que el Capitán había muerto, aun los dieciocho referidos emprendieron la fuga á las vecinas tierras del Mayo.

Todo el Ejército quedó entonces reducido á la retaguardia, compuesta de veinte ó pocos más soldados y algunos cien indios de los principales, que siguieron firmes al lado del Capitán. De los primeros sólo nueve tendrían sus fusiles servibles; de los caballos, algunos estaban heridos, y otros fatigados de calor y de cansancio. Con los elementos que le quedaban, y haciendo prodigios de valor, en buen orden, con mucha presencia de ánimo y admirable puntería se fueron defendiendo hasta ganar una pequeña altura, en que pudieron tomar algún aliento. Halláronse allí sin provisiones de boca, casi enteramente faltos de pólvora, muy cansados y muertos de sed, cercados de una tropa de enemigos, que esperaban la noche para mejor sorprenderlos, y sin esperanza alguna de socorro.

Pero se libraron de perecer todos debido á un ardor de su Capitán, quien, para engañar á los indios, dió en la noche soltura á los caballos heridos y cansados, que no podían servir para la silla, y que naturalmente habrían de correr en busca de agua y de los otros compañeros que habían quedado en el campo en poder del enemigo. Efectivamente, bajaron estos en tropel, relinchando y fueron perseguidos por los Yaquis, creyendo que por allí iban los españoles; mientras estos dejando hogueras encendidas y de trecho en trecho algunas cosas en que se entretuviese la codicia de los perseguidores, escaparon silenciosamente por otro lado, y caminando toda la noche, se hallaron al despuntar el día en las fronteras de los Mayos.

Estos acogieron con benevolencia á Hurdaide y su tropa, procurándoles todos los alivios que les permitían su pobreza. El Capitán tuvo cinco heridas en el rostro y los brazos, pero no de flecha emponzoñada; ninguno de los soldados murió en el campo, solo después algunos á consecuencia de las heridas. De los aliados quedaron en la acción todos los que no huyeron, á excepción de los cinco que acompañaron al Capitán. (1)

Sin embargo de esta brillante victoria alcanzada por los Yaquis, éstos, los vencedores, quizá admirados del valor inquebrantable y de la salvación prodigiosa de sus enemigos, pidieron la paz á los vencidos, fenómeno sin precedente en la historia de los hechos militares, y en virtud de ella entregaron las familias cristianas que habían dado motivo á la guerra, así como á Lautaro y Babilomo, que la habían promovido y que fueron en seguida castigados con la muerte; y así también se comprometieron á desocupar las tierras que habían usurpado á los Mayos, á no inquietarlos en lo sucesivo, ni á las demás naciones aliadas de los españoles.

Como se vé, si los Yaquis triunfaron por las armas, quedaron rendidos en las capitulaciones de paz, celebradas el 25 de Abril de 1610, fecha en que al fin reconocieron el dominio español. Tal desenlace, así como el régimen cuasi-autonómico con que la tribu fué gobernada, contribuyó á que ella avasallada pero no vencida, conservase cierto espíritu de independencia, primer factor en las frecuentes insurrecciones que después efectuó; pero desde luego dió margen á que las demás tribus de la provincia de Sinaloa acudiesen á darse de paz y someterse á la corona de España.

Los padres Andrés Pérez de Rivas y Tomás Basilio entraron los primeros, en Mayo de 1617, á doctrinar á esta tribu, como pocos años antes había entrado el padre Pedro Méndez con la propia misión al Mayo.

En 1626 murió el insigne Capitán Don Diego Martínez de Hurdaide; suce-

(1) La relación de esta jornada se ha extractado de la obra ya citada del padre Alegre.

diólo en el mando de la provincia Don Pedro de Perea, quien habiendo obtenido del Virrey, Duque de Escalona, autorización para hacer descubrimientos y poblar en Sonora, desde el Yaqui para el Norte, pasó en 1640 como Capitán á esta nueva provincia, á la que dió el nombre de Nueva Andalucía, en recuerdo de la de su Patria en España, dejándola así separada de la de Sinaloa, en la que fué reemplazado por el Capitán Don Juan de Peralta y Mendoza. Ambas provincias sin embargo, siguieron perteneciendo al gobierno de Nueva Vizcaya, lo mismo que las otras que habían sido segregadas de la Nueva Galicia al Sur del rio de las Cañas. Dice el Padre Alzate que las dos referidas se llamaban Pusolana en el idioma de los aborígenes.

Se ha referido la conquista de las diferentes comarcas que llevaban el nombre de SINALOA, entre las cuales aquella, á la que primitivamente y con más propiedad era adjudicado, usaba el idioma cahita. Parece oportuno dar ahora una idea de los usos y costumbres que se observaban en esa parte de Sinaloa, y que los padres misioneros describieron, de las cuales aun se observan algunas de ellas.

Tenían estos indios de Sinaloa sus casas generalmente hechas de bejuco entretegidos y esteras de carrizo, cubiertas con barro y sostenidas con horcones. En algunos pueblos solía haber también dos *casas grandes* de piedra, una para recogerse de noche las mujeres; y otra los hombres con sus armas. Las puertas eran comunmente muy bajas, y casi siempre había en uno ú otro frente enramadas, á manera de portadas, para sombrearse en los calores del día, y para secar al sol y guardar sus frutos en la parte superior de las mismas.

Cultivaban el maíz, el frijol y algunas semillas más, pero en los tiempos de su gentilidad no conocían más que las tunas, las pitahayas y otros frutos silvestres. De todas estas plantas, y principalmente del mezcal, de la familia del maguey, hacían vinos ó licores fuertes, para celebrar sus fiestas y victorias. En tiempos más próximos á los presentes, fabricaban también con maíz fermentado un vino que llamaban *tesguino* y lo ponían en una grande olla en el centro de la fiesta, para beber bailando la *pascola*, al son de la música, que era por lo común el violín, el arpa ú otro instrumento de cuerda, á que eran y son muy aficionados.

La embriaguez no era entre ellos un vicio de particulares, sino en cierto modo el ejercicio de una función pública, desempeñada cuando se celebraban juntas para resolver la guerra contra otro pueblo, ó cuando se regresaba de la victoria. En este caso, plantaban la cabeza ú otra parte del cuerpo del enemigo en una pica, al rededor de la cual bebían y bailaban.

Hacían uso del tabaco, fumándolo en unas cañas delgadas, á la manera de pipas. Fumar con gentes de otra nación era contraer alianza con ellos.

Los vestidos de las mujeres consistían en mantas de algodón, que sólo les cubría de la cintura para abajo, los hombres no siempre iban vestidos.

Sus armas eran el arco y la flecha, que algunas veces envenenaban, y cuya herida, por pequeña que fuere, no tenía remedio, si el veneno era reciente; también usaban macanas de madera muy pesada, y picas de brasil. Su arma defensiva era una adarga de cuero de caimán, que á cierta distancia era impenetrable para las flechas. Se pintaban el rostro y otras partes del cuerpo, y usaban, como adornos, en la cabeza, vistosas plumas de guacamaya y otras aves.

La virginidad era particularmente estimada en estos pueblos. En algunos se observaba, que las doncellas llevasen pendiente al cuello por señal de su estado, una concha de nácar, que los hombres al casarse con ellas, les quitaban en presencia de sus padres y parientes. Cualquiera de ellas podía andar sola por los campos y caminos, y aun pasar á otra nación, sin temor de insulto. Nunca contraían matrimonio sin consentimiento de sus padres: No se usaba sino entre los caciques, la pluralidad de mujeres, pero eran frecuentemente repudiadas con cualquier pretexto.

No había entre ellos gobierno ni leyes, lo que demuestra la rectitud de sus proceder. La autoridad de los caciques sólo consistía en ciertas distinciones personales y en la facultad de convocar las asambleas del pueblo, para declarar la guerra ó contraer alianzas. Jamás se veían pleitos ó riñas entre los habitantes de un mismo pueblo ó sus aliados. El homicidio, el hurto, el engaño, el trato inicuo, no eran allí conocidos. El canibalismo no era general sino entre los pueblos de la Sierra, cuyos habitantes vivían absolutamente como brutos.

No reconocían divinidad alguna; no tenían religión ni culto. Sólo sentían un respeto tímido y supersticioso por sus hechiceros.

Sobresalían en la elocuencia, que en ellos era natural, y tenían por materia asuntos de interés público. Para esto se encendía una grande hoguera, á cuyo rededor se sentaban todos y luego circulaban entre ellos las pipas con tabaco para fumar. Después se levantaba el de más autoridad, sucediéndose en toda la asamblea el más profundo silencio. Comenzaba su discurso, dando al mismo tiempo vueltas dentro del círculo de oyentes, con paso lento y majestuoso, que aceleraba después, á medida que subía el tono de la voz en los períodos más fuertes de la oración. Acabada ésta, volvía el orador á su asiento, era recibido con aplauso por los circunstantes, que ponderaban su acierto, y reemplazado por otro, que procedía de la misma manera, durando, por lo común sus discursos, más de media hora, y pasando en esto, á veces, la mayor parte de la noche.

